SILLAS
ROTAS
Andrea Avelar Barragán
ÁGORA
127

SILLAS ROTAS

Andrea Avelar Barragán

Este libro electrónico forma parte del proyecto de la Biblioteca digital (disponible en www.luisricochavez.com/bibliotecadigital) a cargo del doctor Luis Rico Chávez, Nari Rico y Madaí Mata Cortés. Aspiramos a crear un espacio de intercambio y de enriquecimiento intelectual, en el que los autores participan de manera desinteresada, con el único propósito de difundir su obra y acercarla a los potenciales lectores. Se permite la descarga, uso y difusión de las obras, citando la fuente.

© Ágora127 Libros, edición digital. Guadalajara, Jalisco, México.
Primera edición: octubre, 2024.
Segunda edición: agosto, 2026
ISBN: 979-8-90196-167-4

© Luis Rico Chávez, editor.
© Andrea Azucena Avelar Barragán,
por los textos y las ilustraciones.

Contacto: lricoch@yahoo.com.mx

SILLAS ROTAS

Andrea Avelar Barragán

Grata compañía

Luis Rico Chávez

Sin duda los mejores momentos de su trayectoria los disfruta un maestro cuando constata que su trabajo se proyecta en las nuevas generaciones, cuando percibe un eco que trascenderá el aquí y el ahora de sus circunstancias.

Como maestro, considero mi materia como la más importante (defecto compartido por todo profesor que ame su profesión), y también tengo la convicción de que los conocimientos transmitidos a mis discípulos redundarán en beneficio de su crecimiento intelectual, profesional y emocional, y por tanto contribuirán en la conformación de un individuo íntegro, equilibrado, tolerante.

Para alcanzar este noble propósito (además de utópico, lo reconozco) el mayor obstáculo lo enfrentamos en nuestro entorno inmediato, tan cargado de materialismo, frivolidad y asuntos efímeros y banales. Sin embargo, siempre hallamos espíritus curiosos y esforzados, exploradores de regiones poco frecuentadas por el común de los mortales.

Mayor recompensa alcanzamos cuando, al paso de los años, esos discípulos se convierten en cómplices. En el escasamente poblado mundo de las letras, en algún momento coincidimos con esos cómplices. Entonces los discípulos se convierten en una grata compañía.

Tal es el caso de Andrea Avelar Barragán. Como ella

misma lo acepta, llegó al taller de creación "La nave de los locos", de la Preparatoria 2 de la Universidad de Guadalajara, por cumplir un requisito burocrático. Y se quedó el resto de los semestres que le faltaban para concluir el bachillerato. En ese lapso, ganó en dos ocasiones (en poesía y narrativa) el Premio FIL Joven, así como el concurso Luvina Joven.

Aunque en mi taller procuro fomentar espíritus libres (es decir, propongo actividades de creación literaria, y el que quiere trabaja y el que no, pues no), ella siempre fue constante en su producción. En un primer momento, además de los volúmenes publicados por el Sistema de Educación Media Superior de la UdeG, que incluye el material de los ganadores del concurso FIL Joven, incorporé sus trabajos en el libro *La nave de los locos* (La Zonámbula, 2013) y preparamos una edición para una oferta editorial que nunca se concretó. Hoy, felizmente, el lector la tiene en sus manos (o en su dispositivo, pues).

Qué gusto presentar ahora *Sillas rotas*, donde Andrea incursiona en la poesía y la narrativa. Para mí, estos no son textos de juventud. Desde su primera sesión en el taller, y desde su primera lectura, supe que en ella anidaba un estilo y una vocación que se consolidarían con los años. En ambos géneros demuestra una sensibilidad contagiosa, una capacidad de lenguaje que interesa y seduce al lector. Los diferentes registros que maneja convierten su lectura no sólo en textos amenos y divertidos (el humor es la nota característica de algunas de sus historias) sino que también

transmiten y evocan emociones que nos permiten asomarnos a diferentes momentos de nuestra circunstancia vital.

Ha pasado más de una década y aquí estamos de nuevo ante ese material. Andrea terminó la preparatoria, y al parecer no aprendió mucho de la vida, porque decidió estudiar la carrera de Letras Hispánicas. Ahora es mi apoyo en el taller, una grata compañía que, tengo la confianza, me ayudará a continuar en esta noble y utópica labora de transmitir en las nuevas generaciones el amor por las letras.

La poesía de color y los textos cotidianos de Andrea Avelar

Mariana Recamier *

Andrea Azucena Avelar Barragán tiene 17 años y ha ganado en dos ocasiones el premio Creadores Literarios FIL Joven. La primera vez fue en el 2013 dentro de la categoría de poesía y la segunda en 2014, cuando arrasó con un cuento. Ha publicado en la revista *Vaivén* del Sistema de Educación Media Superior (SEMS) y en *www.agora127.com*.

Sus cuentos se caracterizan por retomar los elementos de la vida cotidiana y el lenguaje colorido de los barrios que están "de la Calzada pa' allá" porque la colonia donde vive está por esa zona y le gusta hablar de lo social, del fragmento que conoce de México. Cuando escribe poesía la inmersión ocurre dentro de sus propios sentimientos. Le gusta usarla como un recurso catártico aunque sus poemas también nacen de diversas musas, como un buen libro, una pieza de danza e incluso la reflexión al preguntarse sobre el silencio.

"Empecé con narrativa, pero ahora donde más me siento cómoda es en la poesía, porque hay más libertad, me parece mucho más fácil que escribir un cuento, ya que necesita estar bien estructurado para poder ser".

Sus textos se caracterizan por reflejar su espíritu crítico y las ganas de vivir en un país que le permita crecer en

plenitud. En la entrega del reconocimiento a los escritores jóvenes, dentro de la edición pasada de la Feria Internacional del Libro, aprovechó el momento frente al micrófono para pronunciar un discurso centrado en los normalistas desaparecidos en Iguala, Guerrero.

"Me pareció muy necesario y que era mi obligación hablar sobre ese tema que estaba golpeando tan fuerte a la sociedad. Yo estaba temblando de indignación por lo que estaba pasando y la forma en que la misma sociedad renegaba de ellos. Ya no querían que habláramos de Ayotzinapa".

En el discurso hace una invitación a los escritores para utilizar la palabra como un medio con el que se puede generar conciencia. Avelar Barragán cree en la literatura como un detonante para cambiar la situación nacional. Pero no de cualquier tipo, sino la literatura madura que "deje de lado el yo, que hable de un nosotros, de temas reales".

El cuento con el que la joven escritora ganó el año pasado desarrolla una analogía de la historia entre Caperucita Roja y el Lobo Feroz. Durante nueve meses gestó un texto donde utiliza recursos literarios que juegan con el doble sentido: los albures y el calambur.

"A muchos le provoca risa, pero para mí es como una crítica porque toca los temas de la homosexualidad y las colonias de bajos recursos. Yo lo hice con la intención de presentar un reflejo de la sociedad".

El año anterior había participado en la categoría de cuento y poesía, aunque su apuesta era la narrativa. Inscri-

bió un relato corto inédito llamado "Las reglas del hábitat salvaje" y tres poemas. Ganó con su propuesta poética. Había enviado "Sillas rotas", un texto que nació a partir de apreciar el espectáculo dancístico Café Miller, de la coreógrafa Pina Bausch; "Si la pausa", el poema que escribió tras la lectura del libro homónimo cuya autoría es de Jorge Orendáin; y "Silencio", una definición de esa ausencia.

Su interés por la poesía nació a partir de participar en el taller La nave de los locos, que imparte Luis Rico Chávez, doctor en Literatura y Lingüística, en la Escuela Preparatoria 2. Las clases se desarrollan a partir de temas como la mitología griega y el cine en la literatura. La parte más importante ocurre cuando los estudiantes comparten los textos con sus compañeros para recibir críticas.

"Yo nunca he podido trabajar a partir de que me digan que les gusta mucho lo que escribo. Yo necesito que me ataquen con críticas constructivas para poder avanzar".

Dos de los escritores favoritos de Avelar Barragán son Fernando Javier Paredes Milonás, porque toca temas individualistas que a la vez engloban a la comunidad. El otro es Milan Kudera por razones similares, ya que aplica lo personal a lo social, además le agrada el carácter existencialista de su obra.

Algunos de los espacios donde colabora motivan a la escritora para enviar material al Premio Nacional de Poesía Joven Elías Nandino, pero ella considera que le falta mucho para llegar a ese nivel debido a que no es muy productiva

y tarda hasta seis meses en sentirse segura con un texto.

Cursa sexto semestre, es decir, le ha llegado el momento de decidir una carrera para continuar con sus estudios. Le interesa Historia del Arte porque le agradan ciertas etapas de la pintura como el impresionismo y el expresionismo. Se declara fanática de Van Gogh, Claude Monet y Chaïm Soutine. Otra de sus opciones es decantarse por Gestión Cultural.

Avelar Barragán no quiere convertirse en una escritora que venda mil libros, quiere sentarse al final de su obra y darse cuenta que ha encontrado satisfacción en lo que hace.

"Me gustaría llegar a una plenitud propia de haber dicho todo lo que tenía que decir. Para mí es más importante trascender en una o dos personas que escribir un *best seller*".

* Entrevista publicada en ***La Jornada***, 1 de febrero de 2015

La rebeldía no es un insulto, la resignación sí

Andrea Azucena Avelar Barragán *

Quiero agradecer por la oportunidad de presentarme ante ustedes para externar unas breves palabras en representación de los ganadores FIL Joven 2014 en la categoría de cuento y, por supuesto, también de todos aquellos que decidieron participar con sus creaciones. Es un honor que el trabajo de los jóvenes y su necesidad de expresarse sea reconocido en un evento de esta magnitud.

Escribir, ya sea poesía o narración, es una experiencia distinta en cada persona y comienza por el placer de la lectura. Cada uno llega a sentir una ferviente necesidad de manifestarse y algunos, como nosotros, nos valemos del papel y el acomodo cruel, eterno y complaciente de las letras. Un caudal difuso nos orilla irremediablemente a la escritura, a la búsqueda vaga y desesperada del sentido plenamente plasmado. Sentidos y sentimientos imperfectos y tan propios del ser humano. Por ello, me encuentro ansiosa de leer sus textos, de conocer sus visiones, lo que hay dentro de ustedes y lo que los rodea.

También, a razón de las situaciones que mantienen en luto a la sociedad estudiantil y a muchas familias mexicanas, les extiendo la siguiente invitación:

Compañeros, no nos quedemos en la literatura bur-

guesa, en la comercialización o la burocratización lucrosa del arte, la verdad prostituida e institucionalizada. No nos atasquemos en lo bello, lo superficial, en las ilusiones vanas. No tengamos pereza o duda de rozar nuestros miedos, las pesadillas propias y los problemas de violencia y corrupción que lacera nuestro México agonizante. El medio escrito nos abastece de caminos para penetrar en la conciencia de los lectores.

Encontremos la flexibilidad del lenguaje para expresar la dureza del fondo. Hagamos de las palabras una realidad completa, hagamos con ellas una crítica constructiva, encontremos la raíz del problema y propongamos soluciones viables a lo que continuamente mutila nuestro futuro y nuestras oportunidades. Somos nosotros quienes debemos dar fin a esta situación que daña, calla y subyuga el pensamiento creciente, las nuevas ideas; que transgrede y viola los derechos de seres humanos, de estudiantes como ustedes, como yo.

Los creadores no habitamos mundos ajenos, como se suele decir, los creadores conciben rebeldía, y la rebeldía no es un insulto, la resignación sí. Jóvenes, no desairemos nuestra naturaleza que suplica un cambio. Somos estudiantes, y si nos violan, nos torturan o nos matan, que nuestras palabras y acciones permanezcan vigentes. Gracias.

* Palabras pronunciadas durante la entrega de los premios a los ganadores del concurso FIL Joven 2014.

POEMAS

Árboles

El aire, los movimientos y las estrellas dibujadas en el suelo
por el sol.
Los contrastes de la sombra, el susurro y el mecer de las
hojas con el viento.
Los árboles asienten cabeceando, intercambian comenta-
rios suaves
exclamados por las ramas,
transportados lentamente.
Pueden ser roce o pueden ser quietud
pueden ser la calma o la vehemencia
acompasados al resto de la materia y el espacio.

Sillas rotas

Sillas rotas en la habitación
aferradas con vehemencia al círculo vicioso de las palabras
injuriosas.
Una imagen se desliza dentro del claustro de cuatro muros
vacíos:
dos ojos cerrados,
dos pasos silenciosos,
dos figuras inconexas, autómatas,
que se anhelan con los brazos extendidos.
Desesperados en la agnosia y el susurro,
destrozados y levitando por el espacio que se mantiene,
se subleva sutilmente y luego, entre los fragmentos de las
almas se disipa.

El aire se engancha en la desnudez de los cuerpos,
se compenetra en la oquedad de su pecho, en la respiración entrecortada.
La ignición los combina el uno con el otro,
los comprime, los enreda.
La fuerza los une y los separa, los violenta, los humilla.
Se desgarra, los lastima;
se acelera, los explota.
Las figuras taciturnas se contemplan,
se imploran, se inhiben,
se fracturan poco a poco.
El movimiento arranca el sonido de las extremidades chocando contra nada.
Los gritos ahogados se destruyen
sin eco, sin reverberación, sin sombra, sin más.

Silencio

Silencio
las palabras se revuelven
se empujan y se escurren
entre los labios
con un solo sonido incomprensible

silencio

las sensaciones se torturan
se disuelven y se enclaustran

dentro de la memoria
en un solo espacio
torvo, abyecto, cruel

silencio

las imágenes se contrastan
se decoloran y pulverizan
las siluetas se combinan
se fragmentan y se rozan
los pasos se aceleran
las palabras se hieren
los mugidos se distorsionan

silencio

Pausa
¿Y si el momento se convierte en aire
y si el aire se consume en brasas?
Las cenizas se respiran en segundos;
el humo es exhalado por fragmentos.

¿Y si se congelan las brasas
y con las brasas se desgarra el cielo?
Las nubes se evaporan en la nada;
los truenos chocan contra el suelo.

¿Y si se escabulle el cielo
y en el cielo se esconden tus palabras?
El susurro se escapa en aquel viento
y el sonido se detiene en el momento.

¿Y si se pausan las cenizas,
el humo,
las nubes,
los truenos,
el susurro,
el sonido
y los fragmentos?

Hay un océano...

Hay un océano en cada yema de tus dedos.
Pacífico, cuando te sientes caliente
Índico, suprimiendo pensamientos divididos.
Atlántico, en lo que no menciona tu razón.

En el agua se evaporan las creencias.
Punto
donde te arrodillas por instinto;
momento
de necesidad sin esperanza.

La sal quema los fragmentos voluntarios,
involuntarios presentes y diluidos.

Espacios mediterráneos inundan
lo que queda de tus ojos, mis ojos,
las palmas de tus manos y
las yemas de tus dedos.

Continuo

Para Carlos, por regalarme tres palabras

Dibujas una puerta:
alta, de madera robusta, impenetrable.

Sueñas una puerta
solitaria, impaciente, eterna.

Abres una puerta
silenciosa en ángulo infinito.

Atraviesas una puerta
degradada, fragmentada e inmutable.

Cierras una puerta,
sofocada e inmolada en su desgracia.

Imaginas un momento mínimo
inexistente,
rompiente en el perímetro,
saliente en las bisagras,
suplicante en la perilla.

A las siete de la tarde

A las siete de la tarde
bajo el techo de piedra
nostalgia reluciente
duelo psicológico
dogma
padre y memoria
respiran
donde cada vez hay menos
aliento.

Abandonó su voz

Abandonó
su voz entre
los árboles,
en canciones
para un
destino
violentado.

Entre la permanencia y lo transitorio

Entre la permanencia y lo transitorio
somos un retrato hablado
del infierno.
Visión indestructible
que
interroga las fatalidades

del papel y
el tiempo.

Estoy metida en todos los fragmentos dañinos

Estoy metida en todos
los fragmentos dañinos.
Treinta y cuatro puntos de partida
bajo la crisis cultural
y el reduccionismo argumentativo.

El vacío que deja una evocación

El vacío que deja una evocación
propiedad del estío
arranca del romántico desliz
nuestra libertad
secreta
y las buenas intenciones.

Explota el mundo

Explota
el mundo en
una enorme rueda:
Dentro o fuera,
Vida o muerte,
responde
historias en
primera persona.

Formación continua

Formación continua
de recuerdos y pasado.
Mientras tanto por la piel
la sangre profunda
los huesos,
nuestras
cenizas expuestas
entre sus manos.

I never learn

I never learn
con el primer
ligero aire
itinerante
bajo
el mortal vicio de hacer.

Incendios

Incendios de
letras para
la quema de nuestros pulmones
un primer paso
al diálogo
menos superfluo, más real.

La escritura es cruel

La escritura
es cruel,
eterna
y complaciente
con la inquieta
imaginación.

La geografía indómita

La geografía indómita
de tu cuerpo
mediterráneo y superviviente
silenciosamente desemboca en
un torrente de imágenes
que concluye
sobre manos irreales,
olvidadas.

Mi Voz

Mi Voz
echa humo
sobre sangre
de palabras.
Y miradas
cantan vida vacía
para mitigar
la memoria.

SILENCIO
27/4/14

Nada

Nada
ni en tus dulces
irreverentes falsos
revelados ríspidos agónicos personales
necesarios clasificados
independientes fijos luctuosos
atractivos blancos diferentes
e n f e r m o s
Sueños.

La búsqueda

La búsqueda
invade
entre pasado
y futuro,
un equilibrio
espontáneo
sobre
el caudal
de incongruencias;
en voz alta
pulsión polifónica
real y
sin respuesta.

Se vuelve a romper

Se vuelve a romper
el túnel del tiempo.
Habitante
en los
(in)felices viajes
de todos los días;
será instrumento de alivio,
explosión al sumar minutos
para poder respirar.

Somos el eco

Somos
el eco
de todo
lo que encierra
sofocado
el mundo.

Soy religioso conmigo

Soy religioso
conmigo.
Soy naufragio
de las fronteras
del universo.

Todos somos las causales difusas

Todos somos
las causales difusas
del tiempo;
retrato ofendido
por una historia intimista,
las otras voces del poeta,
la tercera revolución de los días.

Vidas

Vidas
transportadas
de la memoria hacia
un contacto con efectos secundarios.
Las voces se activan
en emergencias narrativas,
espíritu y
persona a la vez.

Yo salto

Yo
salto al
primer plano
de un mar vagabundo.
No me siento
otro,
como el rostro de las cruces.

Esputo

Yo soy como el arroyo que se escurre; todos mis huesos
se han descoyuntado; mi corazón se ha vuelto como
cera, dentro mis entrañas se derriten
Salmo 22:15

De rodillas inhalas
las cenizas
del tiempo
retazos de
tu memoria desahuciada
tu memoria fallida.
Lames
de rodillas
el aire inerme
del paso suave
que enfría tus huesos
tus huesos
nacidos del llanto
inútil de la luz
de algún esputo
lanzado
desde las paredes
faríngeas
del cuerpo llano de Dios.

Inhalar

Inhalar
nebulosas
sombrías y encauzadas al vacío
al final de los días dispersos
fragmentos minimísimos de luz
migajas enormísimas de fuerza
acumulaciones sucias
que beben vapores divinos
hojas volátiles
quebradizas.
Compactar matrices
ahogar partículas
Dios en una palabra vetusta y llana
nada

Las casualidades

Las casualidades
arrojaron nuestros cuerpos
al vacío
orillados al roce y el calor efímero del tacto
al pensamiento anhelado,
lúcido e inalcanzable.
Nos abandonaron escombrados
bajo el peso
insoportable
inexistente.

Las caudales difusas
desmembraron nuestros cuerpos
en el tiempo.
Las terceras voces guardaron
húmeda y sucia
en cada paso ajeno
tu voluntad.

X

Me he revolcado con los peores hombres,
inmolan con su carne
subliman el pensamiento
irremediable en torno a Dios.
Embisten con su ira
satisfechos del nulo motivo de su existencia.
Me arrastro a la par de aquellos que escupen
en el beso dulce de su madre
el sentido abolido e infértil de sí mismos
Me he suicidado
con el anhelo feminista-fascista
según Freud.
Saliva espesa
sudor compuesto
mercurio complaciente
ojos vacíos, bestiales
suplicando muerte
suplicando que les supliquen.

Cuerpos llanos
—obtusos
circunstancialmente—
adoran el borde limitante de su agonía
Lamen las grietas en el linde abierto de su desesperación.
Se tragan el cuerpo contiguo
el cuerpo cansado
el cuerpo sangrante
el cuerpo de luz.

NARRACIONES

Fragmentos

1

Salgo de aquel lugar tan lleno de gente y vacío de sentimientos. La puerta rechina y se cierra tras de mí. Bajo las escaleras mientras la brisa me dispersa en el ambiente. Me fundo con el viento y el aroma a hojas secas; las caricias me reblandecen los huesos y hacen que la piel de mis dedos se deshilache. Un grito ahogado sale del horizonte en llamas. El eco me recorre: es tan fuerte que penetra en mi cabeza, y tan tenue que desaparece al menor contacto con el exterior. Los colores ocres del crepúsculo se combinan con las sensaciones cada vez más apagadas. Se queman, se desangran.

2

Mis dedos golpean la mesa. Parpadeo. Todo permanece igual. Los muros se cierran sobre mí y entonces caigo. Se me congela la piel. Me incorporo. ¿Hay alguien ahí?

3

Creía en la vida después de la muerte y nunca miraba a ambos lados antes de atravesar la calle. Un día, al cruzar, pisó sus sesos esparcidos sobre el asfalto.

Maldición

Las palabras que cubren el cielo se hacen tiza. ¿El cielo siempre ha sido color gris?

El cielo. ¿El cielo siempre ha estado tan desconsolado?

Sobre el asfalto de una calle vacía, que se extiende hasta donde la vista alcanza, se desgarran las páginas de las que pende el universo. No hay nada que mirar. No hay nada que sentir.

Sobre el aire, el frío y la penumbra que se extienden hasta donde la vista alcanza, se pierde el equilibrio de las voces que se escuchan alrededor. No hay por dónde regresar. No hay manera de dar la vuelta.

Una ola me empuja las rodillas, choco contra el concreto. ¿Caemos? ¿O sólo caigo yo?

La reina de Venecia

10:47 P. M.

Aparto dos pliegues de las persianas que cubren la amplia ventana que da hacia la calle. Una tenue luz proveniente del faro de la acera de enfrente se filtra iluminando sin fuerza el dorso de mis dedos y mis ojos mirando hacia afuera.

Me calzo las botas negras que descansaban junto a aquel sillón viejo en donde solías sentarte. ¿Lo recuerdas? No, claro que no.

Abro la puerta con cautela. Salgo. Me doy la vuelta y me aseguro de poner llave perfectamente en todas las cerraduras.

Me ciño la vieja gabardina verde a los hombros. ¿Recuerdas eso también? Las veces que echabas tus brazos a mi cuello y todo era cálido y afable. No, claro que no, porque ahora todo es frío y gris.

Comienzo a caminar por la helada banqueta, intentando amortiguar mis pasos para pasar desapercibido en la oscuridad, pero el eco reverbera, llenando la calle vacía de un ineludible sonido estremecedor.

¿Sabes? Yo ahora lo odio.

Paseo unos minutos sin rumbo fijo por las sinuosas y oscuras calles del vecindario. La noche inerme deambula alrededor de mí.

Por unos momentos sólo me concentro en la sombra oscilante que proyecto gracias a los titilantes faros y postes de la acera. Esa sensación de que es tu alrededor el que se

mueve y tú sólo intentas desesperadamente avanzar... Esa sensación, ¿la recuerdas? ¡ESA MALLDITA SENSACIÓN!

El sonido que produce mi puño contra la fría pared de una construcción me saca de mi efímero aturdimiento. El dolor sordo que empieza a recorrer mis nudillos hace que retome mi camino hacia ningún lugar. Sonrío: una ráfaga fugaz de viento me acaricia la cara, los circuitos rotos de mi piel apenas sienten el gélido roce; al mismo tiempo, la brisa estremece algunas hojas secas que apenas se levantan del suelo para volver a desaparecer en la penumbra.

Me detengo un momento, saco el reloj de bolsillo que tanto te gustaba. ¿Lo recuerdas? No, claro que no. Levanto la mirada despacio; a la mitad de la calle una figura negra y feble me observa con sus rutilantes ojos negros como la noche que nos rodea. Una sensación me recorre la espalda. Me estremezco. ¿Puedes verlo? ¿Puedes sentir el frío penetrante?

—¿De dónde vienes? —exclama— ¿Y a dónde vas?

Supongo que son preguntas, aunque su tono de voz no expresa dudas ni la más mínima curiosidad... sólo frialdad. Su voz es un precepto; su voz es de ira. La extraña silueta parada a la mitad de la noche en la calle me pide una respuesta.

—¿De dónde vienes? ¿A dónde vas? —repite sin acento alguno, ladeando la cabeza con gesto retador.

Como un eco la voz repite en mi cabeza la frase. Perplejo, recorro la mirada por la explanada intentando en-

contrar algo... ¿Qué cosa? No lo sé, ¿tú lo sabes?

Los bruñidos ojos de la figura se clavan en los míos. Trago saliva. Mi cuerpo se tensa y el sudor se resbala por mi frente. La figura comienza a fluctuar y desaparece, se esparce en la helada noche.

Sólo es un instante. Retrocedo dos pasos, me doy media vuelta despacio e intentando ser sensato me echo a correr, aunque no siento las piernas.

Mi sombra me sigue de cerca mientras corro por el camino que tracé hace unos minutos. La noche se abalanza violentamente sobre mí. La voz en mi cabeza repite: "¿De dónde vienes? ¿A dónde vas?"

¿Tú lo sabes? ¿O lo recuerdas? No, claro que no.

Como si fueran lágrimas

Las gotas caen para estamparse violentamente sobre el oscuro asfalto. El cielo se cubre con nubes negras y luctuosas, empujadas bruscamente por el viento, arrastrándose sobre los tejados.

Las casas apenas respiran al otro extremo de la calle, tras la densa cortina de agua que no deja de fluir.

Las gotas bajan y se salpican. Exclaman recuerdos, imaginan preguntas incomprensibles y cuentan historias de voces.

Voces sin eco.

Voces sin sombra.

Voces muertas, sin más por decir.

Describen sensaciones extintas bajo largas filas de rostros grises que, vanamente, intentan huir para recuperar sus palabras diluidas.

Los muros que forman las estructuras parecen haberse reblandecido.

Los cristales de las ventanas balbuceantes tratan de difuminar las imágenes precarias y lúgubres del interior.

Apenas sombras y siluetas

ensimismadas y hostiles

acongojadas en quietud

abstraídas y sumergidas en el silencio asfixiante

interrumpido sólo por el susurro desesperado de las gotas que caen para estamparse violentamente sobre el oscuro asfalto.

La habitación en Arlés

En la habitación, impecable hasta los últimos detalles, ordenadas austeramente, las sillas, los cuadros y la cama de sábanas desgastadas, amarillas por el uso.

Puertas azules se levantan en la periferia, violetas, que dejaron escapar, tantas veces, el susurro del viento revuelto entre silencios lánguidos sobre la duela de madera. Silencios enclaustrados en paredes púrpuras, llanas, extendidas y precariamente verticales.

Iluminando, tras golpear contra los cristales de la ventana cerrada, la luz amarilla se desliza a la par que deja en sombras,

indiferencias,

espacios fragmentados como ondulaciones.

Nubes de polvo y ceniza dispersas en fantasías oníricas. Filtradas en los rayos claros, se dibujan visiones febles, menguadas, lejanas, frágiles al tacto.

Sueños ígneos expuestos al calor del brillo. Preceptos corpóreos, siluetas simples, sedicentes a ser sólo recuerdo, pensamiento, sensación.

Sin embargo, ¿reales?

No. Nada.

En la habitación, sucia hasta los últimos detalles, desordenadas cruelmente, lo que queda de las sillas, los cuadros y las sábanas desgastadas, amarillas por el uso.

Espera

Espero sentado en las incómodas sillas. Recargo mis codos en mis piernas, escondo mi cara entre mis manos. Ahogo un sollozo... quizá dos, y espero.

*

Te vi en la estación de policía y un frío se extendió en mi cuerpo al recordar que miré una vez más tus ojos apagados. Te habías alejado, estabas perdida en la gris y fría distancia.

El oficial que estaba atrás de ti te sujetaba con fuerza las manos esposadas. Mirabas el suelo. Tu ser y el brillo en tu mirada habían escapado. ¿Sabes? Tengo la esperanza de que aún estén en algún lugar.

¿Mañana te veré en el periódico? ¿Una de esas noticias que suelen pasar desapercibidas? Sé que eres otra persona, alguien con sueños y convicciones, aunque hoy no sea así. Las fantasías que solíamos tener se escapan por tus labios entreabiertos... Quizá sea eso, quizá sólo tengo la absurda esperanza de que aún existan.

Levantas la mirada despacio, hacia la fila de sillas en la que estoy sentado. Tu expresión me deshace poco a poco, me quema el interior y me anuda la garganta. Aprieto mis manos, los nudillos blancos son receptores de pequeñas lágrimas que caen una tras otra después de rodar por mis mejillas.

No quiero pensar que ahora eres una persona extraña y diferente.

Me observas con el semblante en blanco. La expresión impávida de tus ojos oscuros y encarnizados no tiene ni un ápice del rutilo que tenían antes... antes... cuando me mirabas y me sonreías grácil y dadivosamente. No, ahora tus labios dibujan una tenue curva melancólica, y aunque casi no puedo percatarme, los hoyuelos de tu rostro aparecen suavemente.

—¿Por qué? —pregunto sin articular sonido perceptible mientras aún te sostengo la mirada. Sonríes.

*

Supongo que era demasiado, ¿no? Era demasiado desde hace mucho tiempo. Los infundios, las palabras injuriosas, las pendencias, las amenazas, los golpes, el dolor... Las noches largas, los clamores innecesarios, las heridas... las que sanan en unos días, y las que se quedan ahí hasta el final... esas son las que más duelen, los recuerdos afilados que te obligan a escapar, pero aun así te lastiman.

Era demasiado. ¿Por eso tus dedos se deslizaron por el gatillo de aquella arma? No te reprocharé si sonreíste cuando escuchaste el estrepitoso sonido del disparo. ¿Todo fue mejor después de sentir el calor del líquido espeso y rojo salpicado por tu piel? No te reprocharé si tus ojos derramaron lágrimas.

El alivio se apoderó de ti un momento...Ahora te duele saber que esa no será la última vez que llorarás por esa razón.

*

Los balbuceos y susurros irreconocibles de los policías que están detrás de nosotros tajan de golpe todo aquello que pude ver en tus ojos. Intempestivamente el oficial que te sujetaba te empuja hacia adelante con gesto violento, haciendo que desvíes la mirada de mí un instante, pero te detienes con firmeza y estiras un brazo; en una fracción de segundo tu mano me sujeta por la barbilla con delicadeza... los dedos que dispararon secan el llanto de mi rostro.

—¿Por qué? —pregunto de nuevo, aunque sé que no quiero ni necesito una respuesta. Ya no hay nada que pueda reconocer en ti. Diriges tu mirada al frente y dejas que el oficial te empuje. Poco después desapareces de mi vista y la reverberación de tus pasos se hace más tenue.

Sigo sentado... Recargo mis codos en mis piernas, escondo mi cara entre mis manos... ahogo un sollozo... quizá dos...

Las reglas del hábitat salvaje

Las reglas del hábitat salvaje de la civilización humana son relativamente simples. El método para sobrevivir consiste en conseguir comida y alejarse del peligro: policías y mercaderes que se ponen furiosos cuando intentas robar una hogaza de pan, pero sobre todo de Mario, que es un cobarde... sus colegas te sujetan por los brazos mientras él te encaja la rodilla en la entrepierna.

—¡Hey, este es mi territorio! ¿Acaso no te quedó claro la última vez?

Me quedaba claro, todas y cada una de las veces que me atrapaba, me dejaba inconsciente un par de días y me quitaba todo lo que conseguía limosneando y robando en las calles concurridas. Pero cuando tenía suerte solía correr durante horas a tropezones para huir.

Mario es un chico de la calle, como yo. Tiene un rostro demacrado por el uso de las drogas, con rasgos feroces, usa ropas sucias y desgastadas. Me supera en edad, tamaño y obviamente fuerza, igual que el resto de su manada.

Caminaba recargándome en la pared de una callejuela. Estaba mareado, no había conseguido comida suficiente en dos días y la lesión de la pierna que me había hecho el dueño iracundo de un puesto cuando intenté hurtar una manzana aún me tenía cojeando.

—Maldición.

Blasfemaba para mis adentros cada vez que debía apresurar el paso por temor de ser visto por uno de los pocos

guardias que cumplía con su ronda nocturna.

Hacía frío, la nieve grisácea cubría el asfalto desde las avenidas principales hasta las calles más pequeñas.

Doblé la esquina en un callejón, me disponía a trepar por el muro casi deshecho para seguir mi camino por las azoteas cuando un estrepitoso sonido me hizo volverme bruscamente: Mario con movimientos torpes había tirado parte de la basura que se apilaba sobre escombros a la entrada del lugar, ahora sin salida. Mis músculos se tensaron por la impresión, provocando que doblara las rodillas. Un dolor sordo me recorrió la pierna lastimada. ¿Qué podía hacer ahora? Mario entró en el callejón tambaleándose. Llevaba una botella de cristal casi vacía en la mano. Retrocedí, aún sin incorporarme para chocar contra el concreto. Miré a todos lados con los ojos abiertos como platos, sólo había paredes y enfrente... él. Sus dientes amarillos se veían más que su silueta apenas dibujada en la oscuridad.

Tragué saliva, intenté imaginar que no me observaba y aún cabía la posibilidad de escabullirme sin que me notara.

Sonrió y alzó los brazos en gesto retador. Entrecerró los ojos un segundo, mientras avanzaba arrastrando los pies.

—¡Eh, insecto! No te he dado palizas esta semana. ¿Tienes algo para mí? —masculló entre carcajadas. ¿Estaba borracho?

Se acercó con paso rápido. Yo aún estaba paralizado, mirándolo fijamente. Tardé en reaccionar; di la vuelta para

intentar subir. Escuché sus pasos tras de mí y después sentí su mano tibia y sucia tomándome del tobillo. De un jalón y con un golpe terminé retorciéndome en el piso.

—¿Intentabas escapar, bastardo?

Su risa macabra se hacía más fuerte cada vez, dejando un eco. Me miraba con placer desde arriba. Estiró un brazo y golpeó la botella que tenía contra la pared, haciendo que el cristal estallara y el escaso líquido que contenía se derramara. El aire se llenó de un asqueroso aroma a alcohol barato. Intenté esquivarlo mientras me ponía en pie, pero mi pierna me lo impedía. Me levantó tomándome del cuello y desgarrando un poco la camisa desgastada que llevaba me puso contra la pared y me acorraló.

—Eres un marica —susurró. Su aliento cálido y nauseabundo me rozó la oreja. Me dio un rodillazo en el estómago y todo el aire se me fue de los pulmones. Empezamos a forcejear, apenas podía mover los brazos, me ardía el pecho y no podía respirar. La botella, ahora rota y con puntas afiladas, fungía como navaja para Mario, sentía cómo me rozaba y cortaba mis harapos y partes de mi piel. Cortes superficiales, ya que intentaba detener su mano.

—Eres un hijo de puta —murmuraba. Noté cómo mis ojos se inundaban. El callejón empezó a dar vueltas alrededor de mí, no podía seguir deteniéndolo, los cortes del vidrio roto cada vez se hacían más profundos. Sus ojos me miraban con desprecio, parecían disfrutar de los sonidos que salían de mi garganta sin que lo pudiera evitar.

—Marica —repitió con los labios apenas entreabiertos, y con su mano libre me acertó otro puñetazo en el estómago. Pude sentir el sabor de la sangre en mi boca. Caí sobre mis rodillas, sofocado, mareado, y con un dolor en el pecho que apenas me permitía intervalos de una ruidosa respiración. Al mismo tiempo y por sólo un momento, todo el licor y los narcóticos que recorrían las venas de Mario lo hicieron perder el equilibro. Sin pensarlo dos veces, o sin pensarlo en realidad tomé su muñeca para quitarle la botella, pero él era más fuerte que yo, y sujetándome del cuello me zarandeó y me estampó en la pared. Sentí cómo mi cabeza hacía un ruido peculiar y momentáneamente el callejón y el rostro tétrico de Mario desaparecieron. Mario exclamaba insultos incomprensibles, podía notar el grado de su excitación por la forma en que jadeaba y notaba cómo sus pupilas se dilataban cada vez más...

Quizá se diría que solía vivir situaciones como esta siempre que me topaba con él, pero lo que pasaba ahora era diferente. Él estaba completamente fuera de sí. Sus movimientos se asemejaban a los de una bestia rabiosa. Yo ahora tenía miedo. Un miedo que me hacía oponer resistencia, pero me impedía moverme lo suficiente aunque pusiera todo mi empeño en evitar que Mario me acuchillara salvajemente en aquel callejón. Tenía miedo y sentía una profunda repulsión. Tenía miedo de morir, de estar ahí. Ahí, cada vez que él deseara despedazarme a golpes para conseguir un poco de dinero. Detestaba la ciudad, detestaba

todos y cada uno de sus recovecos, los lugares donde él me había dejado completamente inmóvil, detestaba no tener nada más y tener algo para que él me lo quitara. Detestaba soportar cada abuso de las personas que me trataban como un animal sarnoso. Detestaba a Mario, sus insultos, sus golpes y las patadas que se encargaba de propinarme cuando ya estaba inconsciente en el suelo. Detestaba ver ese atisbo de placer en sus ojos y en sus labios. Lo detestaba.

Nunca entendí el cómo, el por qué o el movimiento irreal de mis manos para tomar la botella por el filo y arrancársela. Nunca entendí el impulso de hundírselo en el vientre, casi en un costado y girar los bordes puntiagudos para penetrar aún más en sus entrañas podridas. El cuerpo de Mario caía sobre mí, cada vez con más peso, sentí cómo el líquido caliente que salía de su boca mojaba mi espalda y desde su vientre se deslizaba por mis dedos entumecidos. Mis ojos derramaron lágrimas y sentí un leve ardor mientras caían por mis mejillas, por los rasguños que tenía por toda la cara y el resto del cuerpo.

Mario cayó de espaldas y quedó tendido en el piso del callejón, bajo la tenue luz de las estrellas que se colaban por el estrecho espacio de las azoteas. Sus ojos estaban fijos en mí y sus labios blancos balbuceaban y repetían palabras que no podía comprender. Me observé las manos que punzaban, no estaban sólo llenas de la sangre de aquel maldito drogadicto. Pasé a su lado sin poder despegar la vista

de la herida. Me quedé de pie a unos metros. Sería tonto preguntarme "¿qué he hecho?" cuando el charco rojo que teñía el frío asfalto era cada vez más extenso.

Lo miré, las partes de su piel que chocaban contra la helada nieve se avioletaban por el frío, mientras que las otras palidecían por la falta de sangre. La imagen apenas se dibujaba frente a mí, cada vez más oscura. Me causaba asco. Me di la vuelta para salir de ahí.

El cuerpo era de un chico de la calle. La noticia ni siquiera saldría en el periódico, se comentaría un par de veces, algunas personas se quejarían y luego nada. Comencé a caminar, no miré hacia atrás, intenté no detenerme, mis pies apenas respondían. Quizá... Me acerqué simplemente. Le saqué los zapatos rotos que llevaba. Su cuerpo estaba rígido. ¿Cuánto tiempo había pasado? Me los puse. Me quedaban un poco grandes, pero me iban mejor que arrastrarme con los pies descalzos y lastimados sobre el asfalto y la nieve. Me fui, pero ya no había manera de escapar de ese lugar.

Lo detestaba.

Examen

Eran las 6:50 A. M. de un lunes cuando de un sobresalto me levanté de la cama con la almohada llena de baba pegada en el cachete. Me lleva, tenía examen de matemáticas en la primera hora y era estúpidamente tarde. Como pude, a tientas y con los ojos cerrados, me metí en mis pantalones. La idea de dormir vestida para ahorrar tiempo ya no parecía tan descabellada. Terminar de cambiarme, incluso pensar en ir al baño y lavarme la cara, me daba una hueva insoportable.

Salí de la habitación. En la cocina desierta se escuchaba mi estómago rugir. Sobre la mesa había un paquete de galletas. Las engullí de un bocado. Tomé algo de dinero para pagar el pasaje y mientras bajaba las escaleras hacia la calle tropecé. ¡Cómo odio ese pinche escalón! La vecina chismosa me miraba blasfemar, desde la acera de enfrente. El color rojo se me subió por todo el cuerpo.

Con la humilde esperanza de llegar al menos a las 7:20 y rogarle al profe que me dejara entrar me dirigí a la parada del camión, revisando mi mochila: borrador, sacapuntas, calculadora, pluma... ¡Olvidé el maldito lápiz! Era demasiado tarde para volver. Por el final de la calle, la ruta 321 se aproximaba. Al menos algo salía bien.

Mientras disfrutaba de los nada agradables rozones y me sujetaba de un tubo y un asiento para no caerme y partirme la mandarina en gajos, me entraron los nervios. No, matemáticas no era una de mis materias predilectas, pero

había estudiado (o algo así) para este examen: trinomios, factorización, ecuaciones cuadráticas...

Un empujón provocado, como diría mi maestra de Análisis y argumento, "gracias a una depresión geográfica de breves dimensiones ubicada en la infraestructura pública...", es decir, un bachezote en la calle por donde pasaba el cafre del camionero.

¿En qué estaba? Ah, sí, numeritos, cómo los odio. El caso es que después de sacar un cero redondito como el sol en mi primer parcial, había intentado aplicarme por mi cuenta, cosa que resultó imposible. Empecé por tratar de dejar las cosas en claro: uno multiplicado por equis es igual a equis, ¿no? ¿O es igual a uno? ¿Pero, equis y uno son lo mismo? Finalmente me rendí y opté por pedir ayuda a alguien más. Mala idea.

7:07. ¿Acaso no podía acelerar? Estaba por llegar, pero cada vez que el camión se detenía para subir pasaje unas enfermizas ganas de asesinar me recorrían el cuerpo. Faltaban un par de cuadras para pasar por el Oxxo, bajar, cruzar la calle, caminar, entrar, abrirme paso entre la bola de inadaptados sin clase que se conglomeran en los pasillos para estorbar a quienes se les hizo tarde, subir las escaleras y, agitada, con el cabello revuelto, pararme en la puerta y preguntar: "Profe, ¿me deja pasar?"

Quizá fue una mala decisión levantarse y luchar por una causa perdida. La verdad no tenía ni idea de qué onda con la ley de los signos y aún estaba muy amodorrada

como para recordar con claridad lo que había dicho sobre los trinomios aquel tipo que me ayudó escribiendo y escribiendo numeritos a la par que murmuraba, como si hablara solo, y después me preguntaba: "¿Entendiste?" y se burlaba de mí que tenía cara de "what?"

Bajé del camión: 7:11, nada mal. Sólo faltaba caminar, así que apreté el paso.

—Explícame lo de las fracturas.

—Querrás decir fracciones.

—Eso dije.

—¿En serio no sabes? ¡Pero si es muy fácil!

No volveré a pedir ayuda a ningún otro nerd. Eso es seguro. Creen que pueden ir por ahí con lentes y los dos tirantes de la mochila en los dos respectivos hombros, para reírse de que no puedes resolver una de las "muy fáciles" operaciones.

Ya sólo debía terminar de subir las escaleras. Eché un vistazo y al darme cuenta de que algunos de mis compañeros estaban afuera del salón me tranquilicé. Anduve más despacio, para recuperar el aliento. 7:17: tiempo récord.

—Hola.

—¿Qué onda? ¿No llegó el profe?

—Ojalá y no venga.

Y como si hubieran dicho lo contrario, el profe cruzó la puerta con un café en la mano derecha y un montón de hojas de tortura bajo la izquierda. Me senté en la incómoda silla, tras la incómoda mesa, igual que el resto de mis

compañeros, dando resoplidos de fastidio. Comenzaban a darme unas tremendas ganas de orinar.

Repartieron de adelante hacia atrás las hojas blancas que esperaban ser contestadas, rayoneadas y tachoneadas con numeritos. El primer ejercicio era uno de los que me había explicado el muchacho de los lentes y las risitas tontas. Escribí mi nombre con pluma, pedí discretamente un lápiz y empecé.

Algo dentro de mí debió borrar los traumáticos treinta minutos que pasé con la hoja pautada enfrente y los dedos bailoteando sobre el lápiz, titubeante.

En la siguiente clase y después de una odisea más o menos igual a la del día anterior, me dejé caer en la silla mientras el maestro repartía los exámenes calificados y doblados por la mitad, burlándose descarada y sarcásticamente de quienes habían obtenido una mala calificación y felicitando no muy sincero a los que habían obtenido éxito.

Mencionó mi nombre y tomé el papel. Estaba demasiado nerviosa para mirarlo. Eché un vistazo rápido. Una emoción incierta se apoderó de mí. Algo había hecho bien, no importaba qué era. ¿Y si yo tenía un magnífico talento innato para las matemáticas? No soy un desastre como pensaba, o como me lo ha dicho el profesor, incluso el muchacho torpe de los lentes.

Me volteé con las manos temblorosas, hacia la butaca de mi amiga. Me brillaban los ojos. Con un deje de fascinación, casi éxtasis, las palabras se deslizaron sabor a gloria

en mis labios, con el orgullo más hinchado que el Everest.

—No manches, tienes que ver esto.

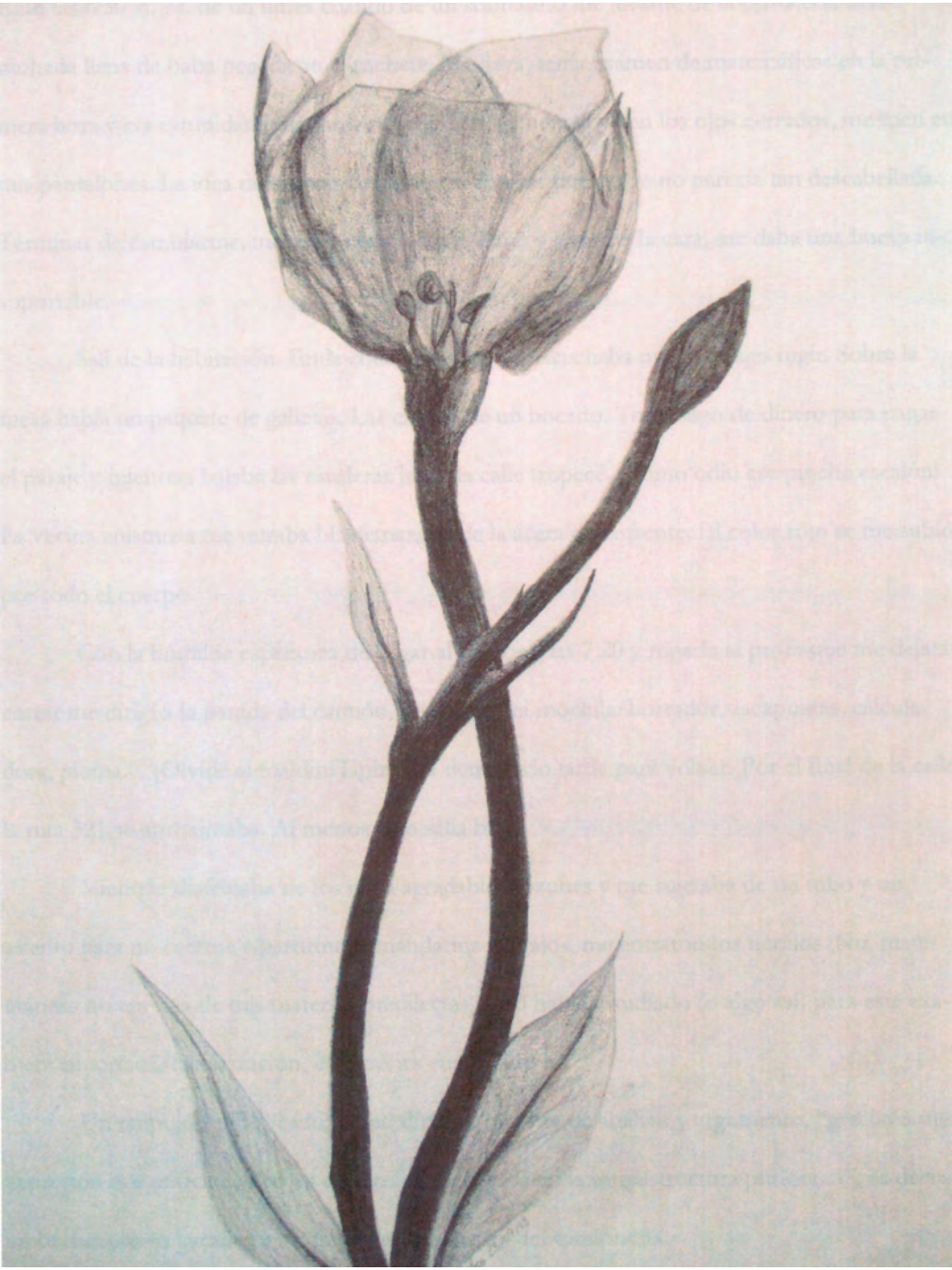
—¿Cuánto sacaste?

—¡Saqué un 10!

—Ohm... sobre 100.

—¿Qué?

Lo reconozco: las fracciones nunca serán lo mío.



Amores de la Calzada pa' acá

Estaba sentado bien agustín lara, descansando de hacerle a la chambeada en el taller mecánico "El Carcachas" y después de refinarme unos tacos en el almuerzo, porque ya estaba que se me pegaba la tripa con el espinazo, cuando un monumento más chulo que el mero Ángel de la Independencia me pasó por enfrente:

—¿Qué comen los pajaritos? ¡Masita! —le grité mientras me echaba un taco de ojo de sus kilométricas y torneadas piernas—. Esa de rojo sí me... —me interrumpió la chulada, con ojazos de pistola, quesque muy indignada.

—¡Pelado! —y siguió contoneándose como pavorreal colorado.

—¡Así me gustan más las viejas! ¡Contestonas y alebrestadas! —pero no me respondió la réplica. Se siguió y yo a ella con la puritita vista.

—¿Otra vez jeringando a las rucas, Lobo?

—¿Cuáles rucas? ¡Cosa hermosa, nomás! —corregí al achichincle chismoso del taller.

—¡Es la Caperuza! No, pues esa sí hasta Toluca la llevo —le brillaron los ojitos al baboso. Antes de que hiciera otro comentario tarugo le puse un mazapanazo bien metido en la cabezota.

—¡Ay! —se quejó como toda una señorita.

—Ay —lo arremedé con su gesto puñalón—. Mejor ponte a arreglar el carro que todavía no charcha, porque tenía que estar listo ayer.

—’Ora, no me quieras enjaretar tus broncas.

—¡Para nada sirves! Bueno, tú que sabes que es la Caperuza dime a dónde va.

—Primero me pegas y ’ora quieres que te diga, pos no.

—¡Quema mucho el sol!

—¿Me vas a decir que nunca la habías visto? Pasa diario pa’ ir con su abuelita.

—Pues ya estufas, ahí le echas un oclayo al changarro que yo me boinas a seguir a la nenorra.

—¿Cómo que ahí me encargas? ¿Qué voy a hacer yo solo?

—Pues ponte hacha y no salgas con mafufadas porque llega el Carcachas y bailamos con Berta yo y tú.

—Tú y yo.

—Chales, de veras que saliste maricón. Mejor yo merengues y la Caperuza.

—La Caperuza y yo.

—¡’Ora! ¿Qué te trais? ¿No ves que yo ya la aparté? Y al Lobo no se le escapa ni una.

Acentuando la frase en tercera persona, me paré derechito, como me decía mi abuelita, que Dios la tenga en su santa gloria, y metí la pancita chelera que me recordaba las guarapetas que echamos con unas cadavéricas bien helodias cuando no hay bisne en el taller.

*

—¿Qué Pachuca por Toluca, primor? ¿Por qué tan solita? —le pregunté con la lengua de fuera, después de correr

una cuadra panteonera hecho la mocha pa' alcanzarla. Camina bien rápido la canija.

—¿Ahora qué quieres, majadero?

—¿Pos cómo crees que te iba a dejar andar por ahí sin mí?

—Mejor sola que mal acompañada —contestó, pero no le puse atención. Nomás sentía el aire que echaban sus pestañotas cada vez que parpadeaban sus ojotes. Iba manteniéndole el paso y con la respiración aceleradísima por el afán de olerle el perfume de frutos rojos, cítricos, florecitas o yo no sé qué menjurjes que me encantó.

—¿Y a dónde vamos, princesa?

—Yo a donde no te importa y tú a ver si ya puso la marrana.

—¿Y si mejor te acompaño, dulzura? —se me estaban acabando los piropos, y aunque de verla se me ocurrían un machín de cosas, del hocico me salían puras pendejadas. Por fin se detuvo y me volteó a ver de arriba pa'bajo y de abajo pa'rriba.

—Pues ya qué.

La neta es que yo ahí bofeando, con la camisa y el pantalón de mezclilla embarrados a más no poder de aceite y la gorra llena de sudor, debía tener lo mío. No podría decirse que aquello era un acoso, porque yo a mis veinte añitos era de buen parecer, al menos por los ojitos verdes que agarré de mi jefa. Y ella del mismo barrio que yo, a sus calculables dieciocho, en la pura edad de merecer. Qué

chuleta estaba la Caperuza. De repente me entraron ganas de disculparme por si la había ofendido gritándole tan lépero nacayote enfrente del taller.

—La Caperuza te dicen, ¿edá? —le pregunté, nomás por decir algo.

—Y a ti Lobo, ¿no?

—Pa' servirle a usted y a Dios primero.

*

Yo creo que ya se le había entumido el brazo al achichincle del ratón que llevaba con la pinza en la mano estirada.

—¿Y eso que andas tan ido?

—La mera verdura del caldo, no dejo de pensar en la Caperuza.

—Te dejó todo tarugo, Lobito.

—'Ora sí que como dicen los gringos: "ai fal in lov".

—Qué menso, así no se dice.

—Ay sí tú, ¿entonces cómo?

—Pos "I fall in love".

—Ah, sí ¿edá?

—¿Qué te dijo que te trae tan mareado?

—Pues la acompañé al camión. ¿Arroz o más mole, o chile pa'l guacamole?

—¿Nomás por eso andas bien volado? ¿Por qué no la invitaste al cine?

—¿Con qué ojos, mi querido tuerto?

—Chale, pues ahorra, no lo quieras hacer al chilazo.

¡Iguanas y de seguro no quiere!

—¿'Tons? ¿Cómo le hago?

—Órale. ¿No que muy muy, mirrey?

—Es que no la quiero cajetear, porque de veras me movió el tapete y no es por debrayarme pero creo que yo iguazú a ella.

—Ni módulo, dijo el astronauta. Vas a tener que esperar a que todo se dé solo y agarrártela en curva pa' que caiga redondita. ¡Porque ni cómo resistirse a tus encantos, Lobito!

—Pos te voy a hacer caso, pero por adela te digo, si algo se calabacea entre la Caperuza y yo, te juro, 'ira, por esta —le aseguré haciendo con la derecha como si me fuera a persignar— que te parto todita tu mandarina en gajos.

—¡En la fiaca me los quería encontrar, par de huevones!

De la ciscada me levanté y me di un chingadazo en toda la frente con la defensa del carro.

—No, cómo cree, mairo, estamos chambeando —le dije al Carcachas, dueño del taller, que tenía un genio de los mil demonios.

—Ándale, chalán, pásame unas pinzas.

—Ya te las pasé, las traes en la mano, baboso.

*

—Hazte más pa'llacito, que me dan ñáñaras... hasta parece que eres gansito —le dije al achichincle, que estaba bien pegadito, bostezando y pasando su brazo, para llegar a

mi hombro, como decía él, discretamente.

Habíamos dejado los bisnes del taller de lado, ya que no estábamos tan apretados de tiempo, y según sus nervios me iba a ayudar pa' cuando la Caperuza me diera champú de salir con ella.

—¿Quieres aprender la maniobra, sí o no?

—Pos sí, pero qué se me hace que nos vemos bien mariposones.

—¿Has tenido alguna cita? —preguntó el achichincle saliéndose por la tangente.

—A wi wi.

—¿Neta? ¿Y cómo estuvo?

—Pos así, tú sabes...

La legal es que en cuestiones de amor siempre metía la pata bien metida. Aunque me doliera en mi orgullo de Don Juan aceptarlo. La última vez que salí con una chava que me latía terminé con cinco dedos rojos marcados en la carota por mano larga. No voy a negar que anduve de malintencionado dos que tres veces, pero después de la cachetada guajolotera se me ponía la piel chinita nomás de pensar en esas cosas. Y es que gritar piropos sin fu ni fa es más fácil que llegarle por donde debe ser.

—Que no te dé miedo aprender, Lobito, pa' eso estamos los compas, pa' echar una mano o lo que haga falta...

—¡Quiubo! ¡Sáquese! Qué tal si orugas pasa la Caperuza por aquí, ¡yo lo menos que quiero es que piense que se me moja la canoa!

—Qué piense lo que quiera, papucho —y en eso que el asistonto se me avienta con tocho morocho.

—¡¿Lobo?! —desde afuera la Caperuza.

—¡Aparte de huevos de ancla me salieron bien plutarcos! —desde lejos el Carcachas.

—Besas rico, pero como que te a pescaditos el océano a tacos de pastor, Lobo.

—¡Caperuza, te juro por mi jefecita santa que esto no es lo que parece, lo que pasa es que este puñetas...!

—Puñetas, pero bien que se traen ganas desde que chambean en mi taller, qué creen que no los he visto cuando se meten juntitos por la herramienta —el Carcachas estaba que se revolcaba de risa.

—Ya entendí, Lobo, qué bueno que saliste del closet, yo siempre quise tener un amigo gay.